

Claudio J. Castillo

■ El consentimiento generalizado al realojo de chabolistas en viviendas dignas se torna en duda, seguido de un elocuente silencio y una negación no exenta de vergüenza por el cariz clasista e in-solidario, ante la posibilidad de tenerlos de vecinos. En Los Bermejales, donde los pisos sociales de Sevilla han triplicado su valor en el mercado en diez años —los que costaron ocho millones se venden ahora en más de 20, aunque el registro en escritura marque diez— persisten la miseria y las calamidades con los olvidados del sistema.

Es éste un asentamiento invisible para la ciudad —no se divisa desde ninguna arteria de comunicación aledaña, salvo desde las alturas del Puente del Quinto Centenario—, lo que no ocurre con las infraviviendas de El Vacie o Torreblanca, pero su huella está latente en los vecinos del barrio, la mayoría contrarios al realojo de estas personas en pisos sociales del entorno.

Una pista de asfalto cruza el descampado y pierde a la vez gravilla y sentido cuando desemboca en las chabolas. Carretera que sólo cruzan los miembros de las 45 familias gitanas que allí moran y algún que otro voluntario de ONG y asociaciones; los únicos contactos con la civilización son el camión de la basura, que antaño vaciaba los contenedores del poblado, pero que ya no llega, y el autobús, que diariamente acerca a los niños primero al centro social para lavarlos y después a la escuela, y que espera puntualmente en la esquina del solar, al cobijo de las últimas bloques construidos en la linde.

Hasta tres generaciones sobreviven a la espaldas del Fremap desde hace 18 años, aunque ya queden pocos veteranos entre tablas, vigas y cartones, heredadas por sus hijos en un macabro testamento en vida. Así, desde mucho antes de que Los Bermejales fuesen Los Bermejales, antes de que la SE-30 marcara los límites y cuando toda referencia urbanística era la barriada Elcano. ■

Entrada la tarde, María Acosta asa carne a la puerta de su chabola para el almuerzo de sus nietos. Huele que alimenta el guiso de esta gitana cartagenera de piel tersa y oscura, de zarcillos de oro y coral y de delantal de lunares. Invita a ver su casa de 25 metros cuadrados en la que se amontonan colchones donde duerme el matrimonio y cinco de sus nueve hijos, “los mocitos”, y donde brilla el acero de las cacerolas colgadas de un tablón. “Mire usted, el agua no cuesta dinero para lavar y tener las cositas curiosas”, espeta, “pero no todos son así, cruce usted la choza de enfrente y ya verá”.

La chatarra, los cartones, la aceituna y la furgoneta son el sustento del clan Acosta, jornal que da, de cuando en cuando, para un saquito de cemento con el que cubrir el suelo de la chabola. En el barrio, donde compra todos los días, dice que la conocen bien, e incluso que



ANTONIO PIZARRO

La losa de la miseria



le fían en los comercios. El frío, la lluvia y las ratas son, sin orden, sus enemigos.

Por un carril anegado de fango y escombros se llega a lo que hace 18 años era la plaza central del asentamiento, en torno a la cual se ubicaban casi dos docenas de caracolas prefabricadas. Hoy, quedan en pie sólo seis. Manuel Payán, de 24 años, ocupa una de ellas junto a su mujer y sus cuatro hijos de entre 1 y 7 años, todos nacidos en la chabola. Barranta que son gente pobre, pero honrada y que la droga y la delincuencia, tan presentes en otros núcleos chabolistas, no habita entre ellos. “Aquí ya no hay leyes porque no somos indios, pero nos tratamos como hermanos y mientras vivimos aquí ni se vende ni se venderá droga”. Por ello, quiere una vivienda para sus hijos en el barrio, “porque si me dicen que me vaya a las Tres Mil, no lo haré porque no quiero que mis hijos se crien en ese ambiente”.

Junto a él, otro gitano de apellido

ilustre y nacido en la cava de Pagés del Corro, Francisco Saavedra, reseña que tienen derecho a vivir en Los Bermejales. “Los viejos de Elcano nos conocen desde chiquitillos porque nos hemos criado con sus hijos, y los que ponen los peros son los recién llegados, que piensan que los forasteros somos nosotros”. Una sentencia cuya resuena entre los martillazos de alguien que arregla su techumbre. “Si el Ayuntamiento nos ha permitido estar aquí durante 18 años, ¿por qué no lo sigue haciendo, pero en pisitos en condiciones?”.

Las voces críticas del barrio enarbolan un basta ya, y lo cimientan en que acusan la tasa más alta de la ciudad en viviendas sociales, una por cada 21 vecinos, mientras que en Sevilla Este la proporción es de una cada 147 habitantes. Los chabolistas dicen no entender; y es que el peso de la miseria hace que estos gitanos, más bien, no quieran entender esta ecuación.

EN EL LÍMITE

Arriba, a la derecha, los miembros de una familia hacinados en lo que conocen como su casa desde hace 18 años. Sobre estas líneas, tres niños del asentamiento gitano.

Una ‘burbuja’ entre dos abismos

■ El programa *Burbuja*, que recoge a diario a 25 niños gitanos del asentamiento a las 08.00 para ducharlos, vestirlos y dejarlos en el colegio Elcano es, según representantes de Cáritas, Derechos Humanos y Arquitectura y Compromiso Social, una incongruencia. El presupuesto millonario de este plan hace aguas a partir de las 14.00, cuando los críos regresan a las chabolas, donde para nada les sirven las enseñanzas elementales que reciben, por ejemplo, en materia de higiene. El aseo común es el campo a través, donde tropiezan hombres, mujeres y niños a cualquier hora, y las bocas de riego repartidas entre las chabolas. Sólo el dinero que cuesta la hospitalización de uno de los niños por cualquier infección durante un mes valdría para dar cobijo dignamente a toda su familia. Paradojas de un sistema que, según el Defensor del Pueblo, ha perdido el norte.